

Sin título (de nuevo)

(quinta entrega)

de Toru Watanabe

27

Transcurrió una semana de bondades en ese pueblo perdido al pie de la cordillera de Modaro. Sí, apenas una semana pero valía como un mes. No cabe duda que el guardián del tiempo los beneficia a ellos, no a nosotros que pasamos los días tratando de ver el cielo entre los edificios de esta ciudad. Día a día sobrevivimos el calor que se desprende del asfalto, acortamos distancias hasta llegar a un lugar para apenas unas horas después batallar de nuevo con las calles congestionadas y regresar al punto de partida.

Una semana. Las primeras lluvias, esporádicas, apenas un aviso, dejaban ese olor a tierra húmeda que se agradece después de las secas. Las tortillas gordas que eran por sí solas un alimento. El ritual de la tarde frente a la televisión o el juego de la rayuela con los niños. Pérez se estaba volviendo parte del lugar y yo era de lo más feliz siendo Pérez. Me sorprendía que no cuestionaran mi presencia pero ni modo de preguntarles a qué se debía y arriesgarme a romper el hechizo.

Llegó esa tarde en que la sesión televisiva se vio alterada por la vida real: una cápsula informativa explicaba que grupos armados habían intentado derrocar a nuestro presidente y que fallaron en su propósito. Las fuerzas militares habían sido movilizadas a tiempo, el presidente se encontraba sano y salvo y aún en su cargo. Los líderes de los rebeldes ya habían sido identificados, el gobierno había emitido órdenes de aprehensión y no cesaría hasta disolver el movimiento. Rocío Riquelme, hija

del anterior presidente y sobrina del actual, había perecido en los enfrentamientos entre las fuerzas militares y los disidentes. Una fotografía suya cubría toda la pantalla. Ahí estaba ella, la foto de su carnet universitario, su rostro franco, valiente, aunque aún no se volvía esa amazona modareense que dejó la sangre embarrada en la Plaza de la Patria. Ya no en los campos y en el aire de Modaro, como papá y mamá, sino con un rifle en la mano, en una plancha de concreto que, se supone, emula los ideales de una nación y que en la práctica termina representando todo lo contrario. Mi hermana estaba muerta. Una voz insumisa, harta de no ser escuchada, las palabras convertidas en actos, proyectadas por un arma de fuego que se topa con otra, mucho más poderosa y voraz.

Justo quien podía ayudar a Modaro había caído. ¿Dije a Modaro?, ¿pero qué me atacó, por qué acabé teniendo un lapsus patriotero?, que le den por el culo a este país de mierda, porque no es Modaro quien la va a extrañar sino yo. Mi hermana está muerta y yo no tengo idea por qué carajos sigo vivo. Muerta, estado tan contundente que es difícil comenzar a aprehenderlo. No la abracé cuando nos despedimos, lo nuestro no fue un momento postergado sino que sin saberlo fue una renuncia, una posibilidad que dejé ir y que nunca más se presentará.

No sé cómo terminé en el suelo con Eladio encima de mí. Su torso contra el mío, la familia alrededor, espantados, como si corroboraran que en efecto el loco había sido inmovilizado. Dijeron que no paraba de gritar y llorar, que arremetí a manotazos contra mi cara y que no había nada que pudiera calmarme. Supongo que así es como terminé como luchador derrotado contra el piso con el kilataje de Eladio sacándome el aire.

-Van a venir por ti, te van a buscar en todos lados y te van a encontrar- dijo la esposa de Eladio mientras me ofrecía un té de juanmila y todos nos despedíamos del ficticio Pérez. Lástima, era tan reconfortante ser otro.

-Ella tiene razón, tienes que irte, niño Nicolás- insistió Eladio; hacía ya tiempo que no escuchaba a alguien llamarme así.

Irme, eso era lo último que yo quería. No, quedarme en aquel sillón, rodeado de esa gente, llorar sin tregua, que me alimentaran de vez en cuando tan sólo para recobrar fuerzas y poder seguir expulsando el llanto, eso es lo único que quería hacer.

Manuel y Juan eran dos cabecitas que apenas sobresalían de la mesa del comedor a unos pasos de donde yo me encontraba apoltronado, decidido a colapsarme. Ambos chicos tenían esa misma expresión, una mueca de susto. ¿Hacia mí?, ¿por atestiguar esa representación de la pérdida que me había montado?, ¿temor al sufrimiento mismo, quizás nunca antes percibido? No había nada que vistiera esas caritas más que el miedo y yo era el causante. Y eso que no tenían idea de lo que podía ser el verdadero miedo, nunca habían visto a nuestros gobernantes y sus técnicas. No tenían idea de lo que un represor cuyo poder se ve amenazado puede llegar a hacerles. Sí, la gente de mi tío vendría por mí y de pasada acabarían con Juan y Manuel, con Eladio y su mujer, tal vez con el resto del pueblo. Iban a matarlos a todos.

Eladio y yo nos alistamos en la madrugada, su mujer me empacó dos kilos de comida y una cantimplora con café caliente y me despedí de los niños. Manuel se abrazó de mi pierna, dijo "adiós Pérez" y luego salió corriendo hacia la

milpa. Cuatro horas después, Eladio dijo que hasta ahí llegaba él, ya me había colocado en el camino y era momento de continuar solo. Me indicó el punto adecuado para seguir domando la cordillera y, sin transición entre lo geográfico y lo familiar, dijo:

—Era huachita, la niña Rocío—, me abrazó y se alejó antes de que pudiera sentirme lo suficientemente cobijado como para empezar a llorar otra vez.

28

Cuando Paulina propuso unas vacaciones, supongo que respondíamos a la inercia arrastrada desde semanas atrás de que todo estaba calibrado y en su lugar. Inaudito. Yo recibí la propuesta con la naturalidad que un tieso como yo puede impostar y el plan quedó amarrado. Con tan sólo unos treinta días de estar constantemente juntos, ya me sentía pareja de ella, institución amorosa a punto de recibir mi nombramiento.

Se me ocurrió pedirle a Leonardo que nos prestara su carro y el muy rencoroso me dijo que no. Es cierto que yo no había trabajado en aquello de la disculpa después de mi mala borrachera y de seguro era lo adecuado, pero traía el ego tan inflamado a causa de Paulina que el humor de Leonardo me parecía de bobos. “Qué en serio se toman los judíos” pensé así como así de lo más fresco y acto seguido, recurrí a ti para obtener vehículo.

Trepados en la Caribe gris echamos a andar con la idea (un bosquejo apenas) de que el destino era Veracruz. Ya fuera el puerto o Jalapa o Coatepec, lo decidiríamos sobre la marcha. Y yo, de lo más seguro y valiente, no le temía a la falta de definición. Hasta que surgió el imprevisto que nos craqueló el panorama.

Con el cofre levantado le dediqué una mirada al motor de "no me hagas esto". Paulina se asomó por debajo del carro en busca de un milagro automovilístico que, sobra decirlo, no sucedió. De felices pasajeros a peatones insatisfechos. Con el sol de las doce llegó el malhumor. A mí se me ocurrió comentar el desatino de Paulina al cargar con seis latas de atún en la maleta y ella, que no sabe quedarse atrás, se quejó de la carcacha, de la mala suerte, del sol infame. Acto siguiente, me quejé de la cantaleta de Paulina, y ella se quejó de mí. En plena declamación de quejidos, abrí la maleta y comencé a desechar el sobrepeso para aligerar la caminata que se nos avecinaba. Apilé el atún y coloqué a su lado la caja de cereal mientras soltaba alguna explicación sensata. Me alejé unos metros para descubrir a Paulina inflexible, terca con rescatar las latas sacrificadas. Yo tan sólo quería hacerla entrar en razón pero el efecto logrado fue el contrario: ofendida e intransigente, así estaba. Paulina recogió una de las latas abandonadas y la lanzó. Aproveché el golpe seco sobre mi espalda para soltar un quejido exagerado. Me dejé caer sobre el margen de la carretera como parte del acto teatral a ver si así, con suerte, nos podíamos encaminar hacia los arrumacos. Pero no, Paulina corrió en dirección contraria, rescató sus pertenencias del acotamiento y renunció a las vacaciones. Paralizado, sobre la hierba amarilla, la vi alejarse en medio de las curvas de calor. La tierra fue talco y yo boquiabierto.

No había logrado siquiera rozar Veracruz. La solución al desperfecto fue un tanque lleno, el cual me hizo sentir de lo más inepto y mira que de por sí no me encontraba a la alta. Bueno, pues darme cuenta del nivel insólito de mi ignorancia automotriz se volvió el remache que habría de

persistir hasta ahora. Si esas vacaciones hubieran funcionado..., y aquí te ahorro el lamento porque te parecerá bastante predecible. En secuencia se presentan los efectos de aquél viaje fallido.

De cualquier manera y ya sin Paulina, me permití durante tres días brincar de un pueblo a otro, poblaciones sin nombre, en hoteles, desayunos y planes de paso, sin decidir de antemano si ese día volvería a la ciudad. Cuando estar solo me cubría de una tristeza inaguantable, me daban ganas de desaparecer y materializarme en tu casa, con una cerveza enfrente y una plástica cualquiera a mi alrededor, dejar de estar conmigo, no tener que lidiar con la ausencia de Paulina. Pero luego pensaba que tendría que dar explicaciones, enfrentar tus preguntas y las de Leonardo o Rodrigo (quien estuviera en tu casa porque nunca estás sola) o encontrarme con Paulina por accidente y sin que el momento fuera el propicio para la reconciliación y en cambio sí le viniera a modo el rechazo.

Las tiendas a orillas de la carretera viven gracias a los personajes de paso. El olor rancio a pan de caja y detergente me golpeó en cuanto abrí la puerta mientras un tintineo avisaba mi llegada. A través de un acceso en el fondo se alcanzaba a ver una vivienda humilde de tierra apisonada y geranios plantados en latas Nido. A lo lejos, escuché unos pasos arrastrados que se acercaban con un ritmo agonizante y ya me podía imaginar al octogenario de pantuflas. Revisé las opciones para solucionar mi sed y fue fácil ver que el proveedor no se había parado en ese lugar hacía tiempo. Por supuesto, la falta de hielera lo hacía menos atractivo. La audaz cultura del refresco que hay en tu país suele ser demasiado para mí, pero algún día debía

poner a prueba mi paladar así que pensé en pedir un Boing de tamarindo. Por fin llegaron los pasos. Una señora en forma de gancho, de piel chupada, con delantal percudido y unas trenzas blancas, alcanzaba muy apenas la orilla del mostrador.

-Buenas...- y extendí la mano para señalar lo que quería (¿lo quería realmente?, porque más bien parecía un autocastigo: la bebida tibia, el líquido turbio separado de la pulpa café, el envase polvoso).

-Estás lejos de casa, ¿verdad niño?

Si en ese momento decía mi nombre, iba a entrar en pánico. Hacía no tanto me habían dicho niño por última vez. Definitivamente no estaba preparado para la magia de la región, la mística que acompaña a la vida austera de esa señora, el conocimiento que aporta la edad. ¿Qué casa?, ¿a qué se refería?, ¿a Modaro?, la casa primigenia, la que me fue robada o, siendo honesto, la que dejé escapar. ¿O hablaba de la ciudad de México?, de ese departamento que me has rentado durante casi un año y donde he ido mudando de piel, haciéndome pasar por venezolano. O cuando dijo casa se refería a un concepto, un punto abstracto al que se llega a través de actos satisfactorios y responsabilidades cumplidas. O casa: Paulina, esa cueva entre sus piernas que me llama, que deseo me albergue por siempre.

Nervioso, queriendo regresar a la simple transacción y espantarme el zopilote del presagio, le dije:

-¿Me da ese refresco rojo?-, y en cuanto lo pedí me pregunté por qué carajos señalé ése.

Intenté que me permitiera llevarme el envase aunque tuviera que pagarlo. Ella no paraba de sonreír y de darme negativas de manera simultánea, tan es así que parecía una

burla, ¿a mi extravió?, ¿a esa falta de casa que son muchas?, ¿a mi nerviosismo?

Al fin logré salir de ahí, el líquido rojo en una bolsa de plástico amarrada a un popote. Una vez frente al volante debía elegir entre dos opciones y ninguna me convencía. Entre pescar camino, patalear por la marea de calor para acelerar el retorno a la ciudad, o esperar un poco a que baje el sol y continuar con mi exploración de otros lugares sin nombre a los que llegaría después de otras tienduchas de paso, fantasmas de carretera y mapaches aplastados.

Continuar o regresar. Irme o quedarme.

A casa. Al menos al regreso de una de tantas. Me pregunté qué pasaría cuando viera a Paulina. Podía suceder lo que fuera, con ella todo era posible y pese a saberlo, me parecía intolerable la idea de que no quisiera verme más. Debía llegar a la ciudad, ir a buscarla, hablar con ella, devolverle su lata de atún, hombre, llenarle la alacena, comprarle un refrigerador nuevo, montarle un hogar, hacerle el amor siempre, erigirme como el único falo posible, clavarla contra su cama y no moverme de ahí. Ser su esclavo hasta que las piernas no me respondan más y no quede una gota en mí.

Alto. Lo único que iba a lograr era ahuyentarla. ¿Cómo acercarme a ella? Buscarla es ejercer una presión que podría salir contraproducente. Me cerraría la puerta, machucaría mis intenciones. ¿Qué hacer?, ¿cómo descubrir el estilo propio si lo único que quiero es ceñirme al de alguien más? Esto de dejar de ser yo está resultando muy doloroso. Pero qué te digo a ti, si la que está tendida en una cama con su vida hecha una estela verde eres tú, y yo, aquí, escupiendo justificaciones.

De pie, viendo la espalda de Eladio alejarse en la llanura busqué algún motivo para gritarle y hacerlo volver, retenerlo, pedirle que me acompañara al menos un rato más y espantar así el zumbido de la soledad que comenzaba a invadirme. Nada. No había algo que justificara que debía postergar su regreso a casa, y en cuanto a mí, había una suma cuantiosa de razones que me obligaban a continuar mi camino. Existía un todo empujándome a dejar Modaro.

Yo no elegí esto. No hice nada que mereciera el encarcelamiento. No quiero una hermana muerta ni abandonar mi país. Detesto estar emparentado con un dictador. En verdad quería terminar mi carrera, resguardarme en los libros, permanecer en el ambiente universitario de Puerto Midas antes de que éste se tornara antagónico. Malditos sean mis ángeles de la desolación que, al igual que mi hermana, no pudieron quedarse callados y arrojaron a nuestro regazo este asunto de la responsabilidad de actuar. Por más que me aferré a mi papel de pasivo, fueron ellos los que me arrollaron. Apenas veinte años y yo, hecho un paria sin familia ni casa y con una licenciatura trunca. Coño, y tan buen estudiante que era.

Es sorprendente lo que dos semanas pueden trazar en un mapa. Eso sí, la línea más corta en distancia y más larga en tiempo fue la que dibujé a pie y aún en territorio modarense. Me llevó cinco días cruzar la cordillera y llegar a Paraguay, las plantas de los pies despellejadas y los zapatos convertidos en pieza de museo. Una vez que el oficial fronterizo estampó mi pasaporte, entré al baño a conectarme al lavabo y consumir hectolitros de agua. El prurito hacia los gérmenes simplemente no se presentó y en cambio sí, la sed arrastrada durante dos días que no había

querido reconocer del todo para evitar el pánico, me tenía pegado del grifo. El líquido fresco en la boca y en la garganta. No podía parar y cuando al fin lo hice, mi vientre era una bolsa de agua bamboleante. Briago de satisfacción y con ganas de no moverme nunca más, me senté sobre la tapa de un retrete y pensé en lo sucedido durante las últimas cinco semanas.

Ojalá pudiera decir que la prisión me cambió la vida pero no fue así. No fue una experiencia porque esa palabra habla justamente de lo que no obtuve. No fue revelador, no me hizo otro. Yo sólo suspiraba cada que las botas de los centinelas pasaban de largo mi alcantarilla. Volvía a nacer cuando entendía que los porrazos no iban sobre mí. Lo lamentaba por otros pero agradecía no ser yo quien recibiera esos golpes porque mi cuerpo no hubiera resistido. Al menos eso pensé entonces y seguí pensándolo durante mi huída. Creía que en verdad algo muy grave me habría pasado, me habría quebrado y nada tenía que ver con valor ni principios ni compañerismo. Y a veces aún lo pienso: tal vez tengo un umbral del dolor muy bajo y eso me imposibilita a lidiar con él hasta en forma teórica porque tan sólo mencionarlo empiezo a marearme. Tal vez padezco algo fisiológico y eso explicaría por qué he reaccionado así ante la represión. Podría ser. No hay que descartarlo.

Mi abuelo era asiduo a los ruidos de gallos. Él decía que la raza de pelea sobrevive gracias a eso, al combate, para eso nacen y sin eso mueren. "Ay, los de protecció' animal" reía "quesque's inhumano, no saben na'a". El abuelo Cástulo me contaba que desde polluelos pelean por el alimento, se picotean urgidos por encontrar un rival. Me asombra la frase "está en su naturaleza": contundente, certera. Pues si yo fuera ave de corral, no sería de esa

raza, mi naturaleza simplemente es otra. De nuevo lo digo: mi cuerpo se impone y nulifica cualquier decisión. Si fuera animal, sería un mamífero pequeño (¿o ya lo soy?), una zarigüeya, haciéndome el muertito mientras pasa el peligro.

Un colectivo a Monte Lindo y de ahí un servicio coordinado a Concepción donde renté un cuarto para pasar la noche. La calle ajetreada desprendía todo tipo de ruidos urbanos, expresiones ciudadinas de viernes en la noche y yo, con la paranoia de un fugitivo, brincaba de la cama hasta la ventana cada que se oía una sirena.

A la mañana siguiente, un camión directo al aeropuerto de Ciudad del Este donde abordé un vuelo a Panamá. Seis horas de aburrirme en la sala de espera para poder tomar un avión hacia el Distrito Federal. Tu país. Tu entorno ahora roto. A tres días de conocerte y del efecto dominó que he estado tratando de explicar.

Como ya dije, mi camino estaba trazado hacia México. Una vez que tuve que renunciar a ese pueblo donde yo era Pérez, ni siquiera me pregunté por qué no Paraguay o Ecuador o Venezuela. "De repente el paisaje se te aparece desnudo, sin nada entre tú y él. Se te quita un peso de encima cuando cruzas la frontera de México" dijo Burroughs. Y vaya que yo cargaba kilos de sobra.

El Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México es una población por sí misma. Ríos de gente con rostros que leen "propósito definido". Equipajes a juego, portafolios, maletas pequeñas y grandes, posesiones forradas en piel o en loneta. Celulares, cientos de ellos en uso constante. Mi mochila era la más percutida que se alcanzaba a ver, pero eso no era lo que en realidad importaba: mi mochila contenía una Titán con seis cartuchos que, aunque desarmada

y las piezas envueltas en calcetines usados, no modificaba su materia: era una pistola entonces y aún sigue siéndolo. Yo portaba una pistola y estaba a un turno de cruzar la aduana de México con ella. Qué manera de orinarme del susto. No tengo idea por qué no me deshice de ella en Paraguay o incluso antes, por qué no la tiré por ahí, en la cordillera. No importa cuántos aeropuertos lleve, no importa que éste sea el tercero de mi viaje, la cosa no se pone más fácil.

Un aeropuerto es lugar de premura e incertidumbre. Es donde no hay inocentes. Todos están bajo el yugo de la desconfianza. Al hacer fila o someterse a revisión aduanal deben demostrar que no son terroristas ni traen droga en el equipaje ni en el estómago ni en el remolino más oculto. Los aeropuertos se han convertido en esos sitios donde no te encuentras con prestadores de servicio sino con fiscalías y jurados.

He escuchado a algunos mexicanos decir que cuando viajan al extranjero se sienten desprotegidos con su pasaporte porque el suyo no es ese pase VIP que es el europeo o el estadounidense. Bien, pues deberías ver cuando México recibe a un latinoamericano, les sale lo arío, es increíble. Guatemaltecos, ecuatorianos, nicaraguenses: encogidos frente al mostrador, achicados y tímidos, muestran sus pasaportitos y piden clemencia.

La señora adelante de mí veía cómo su equipaje era destripado y ella no encontraba el valor para quejarse, todo lo contrario, era una de tantas que se siente culpable quién sabe de qué. Una vez que la despacharan, nada podría salvarme. Qué me harían, quizás me deportarían o me mandarían a la cárcel, quién sabe. Estaba a punto de soltar la información sobre la pistola, confesarlo todo, incluso

crímenes no cometidos si con eso demostraba arrepentimiento.

-Usted está exento de revisión- dijo una señorita muy sonriente mientras me extendía el pasaporte abierto en la página que porta el sello diplomático. Entonces no fue un verdugo sino una anfitriona.

-Feliz estancia-. Ahí está, el tercer aeropuerto con la misma dinámica y yo de todas maneras a punto del colapso. Y para qué. Entré como si nada, como un visitante honorario incapaz de portar un arma de fuego. Ya ves, si fuera un poco más cínico intentaría endilgarle la responsabilidad a los controles portuarios, a la reciprocidad diplomática, a los acuerdos internacionales. Pero es mi mochila y mi pistola y no, no encuentro cómo liberarme de ésa, no hay protocolo entre países que me pueda exonerar. A ti se te hará poca cosa pero desde donde me he ido endeudando, firmar este pagaré es de valientes. Tal vez después de todo me redima. Al menos un poco, tan sólo ante mí. Tal vez hasta roce los números negros.